

El legado de la flecha negra

Agustín García Arenas

El viento del Este golpeó con fuerza la ciudad de Valle el quince de marzo del 3.019 de la Tercera Edad. Durante tres días las nubes grises cubrieron todo Valle Largo al enterarse de la trágica noticia y del mismo cielo brotaron lágrimas por lo que sucedió allá abajo, a las puertas de Erebor. Aunque días antes de que la feroz batalla que estaba por venir diera comienzo, arriba, desde la fortaleza enana, Brand escudriñaba la lejanía viendo cómo los soldados del enemigo se aproximaban a su ciudad. El miedo que albergaba en su interior era inmenso, puesto que, momentos antes de que el angustioso paso de los años se apoderara de su corazón, su padre Bain había confiado en él para defender la tierra que le vio nacer. Sin embargo, en aquel instante, ante la visión de la inminente amenaza, ignoraba si sería capaz de mantener a salvo a su gente.

—Yo no me preocuparía por los necios que caerán sobre nuestro hogar, ya que lo único que harán será alimentar el filo de mi hacha— el Rey Dáin se acercó, a pesar de su edad, con paso enérgico al balcón donde se encontraba su amigo Brand.

—Razón no te falta, Dáin —leyó sus pensamientos solo con mirarle a los ojos—. No obstante, debemos actuar de otro modo si queremos vencer a las tropas de Sauron. Tenemos que asegurarnos de que toda persona incapaz de luchar permanezca tras estos muros. No quiero que nuestra gente muera sin sentido.

Brand permaneció por un instante inmóvil observando el horizonte, ahora iluminado por una franja color sangre de un sol que estaba a punto de morir para dar paso a la noche, lóbrega y fría. En la oscuridad, hasta el hombre más valiente veía como sus miedos surgían de entre las tinieblas. De hecho, el Rey de Valle no pudo conciliar el sueño, ya que estuvo indagando en una

estrategia para poder hacerle frente al enemigo y salir victorioso. Y así, sin más compañía que la tenue luz de una vela, estuvo buscando documentos de antiguas batallas. Cuando soltó las cartas y mapas ya ajados por el tiempo, encontró sobre la mesa un libro con tapas de cuero sin ninguna inscripción que desvelara la historia que narraba en su interior. Abrió el libro con delicadeza y leyó las primeras líneas que había allí grabadas. La caligrafía de su autor le resultó familiar. Al principio se mostró sorprendido por lo que había hallado, pero recapacitó cerrando con gesto firme el manuscrito y continuó con su labor de búsqueda.

El tenue olor a humo que desprendía la vela ya consumida hizo que Brand se detuviera y, tras frotarse los ojos con los dedos de las manos, contempló cómo el sol resurgió de entre los muertos y comenzó a brillar levemente a través de las nubes grises impregnando de una tenue luz las paredes de la estancia. Se incorporó de su asiento y recogió los documentos de guerra. Entre ellos permanecía el pequeño libro con tapas de cuero, el cual guardó entre sus ropas, ya que no había parado de pensar en su contenido durante toda la noche. Al salir de la habitación, Brand no tardó en encontrarse con su hijo.

—Padre, madre me dijo que tenemos que partir a Erebor porque no podemos defender nuestro hogar. ¿Es eso cierto, padre? No quiero escuchar los gritos de dolor de mi gente mientras estoy tras un inmenso muro de piedra. Lucharé a su lado, junto a mi rey.

—No contemplaré ningún argumento, Bardo. La decisión ya está tomada, y no, tú no formarás parte de esta batalla. El deber de un rey es defender a su pueblo con su propia vida si así fuera necesario y no poner en peligro la vida de su único heredero, por lo que necesito que protejas a las mujeres, ancianos y niños en Erebor —a decir verdad, Bardo era un muchacho demasiado joven para que el acero de una espada sustituyera lo que no hace mucho eran juguetes de madera, o así lo creía su padre—. Así que partirás hacia allí junto a tu madre. Las decisiones de un rey no se cuestionan.

Se fueron apagando las voces como la llama de una vela frente al frío viento del invierno, hasta que únicamente quedó el leve eco del gentío que se encontraba en el exterior. Por fin, su hijo decidió romper el silencio de la estancia con una expresión de impotencia en la mirada.

—No quiero que caiga en la batalla— Bardo bajó la cabeza para evitar mostrar sus verdaderos temores, pero sus ojos se inundaron de lágrimas y no pudo contener las palabras que procedían de lo más profundo de su corazón—. Prométame padre. Prométame que regresará.

—No temas —dijo mientras depositaba sus manos sobre los hombros de su hijo—, porque pronto volveremos a nuestro hogar, junto al suave calor de las brasas. Allí no habrá lugar para el temor, porque sólo escucharemos el sonido del agua besando las rocas en el lago. La oscuridad de la noche únicamente nos traerá la luz de un día nuevo —de ese modo, Brand consiguió apaciguar el temor de su hijo.

El Rey Dáin esperaba a Brand a las puertas de su fortaleza para conducir al pueblo lejos de la batalla y poder organizar con mayor premura a un ejército compuesto por hombres y enanos que lucharían mano a mano contra la sombra que se avecinaba. Muchos de los soldados del Rey Brand portaban largos arcos de tejo. Se situaron sobre los muros de los edificios más altos de la ciudad en el lago con el fin de tener mayor cobertura de disparo frente a las tropas enemigas. Mientras tanto, el resto del ejército acompañó al Rey Dáin junto con sus enanos, que blandían poderosas hachas de doble filo. Brand, que nunca se separaba de su amigo Dáin, luchó junto a él en la vanguardia de sus tropas.

Las antorchas del enemigo llegaron al atardecer de aquel mismo día, junto con un gran ejército de hombres que, por designios del destino, vendieron sus almas al Señor Oscuro. Los Hombres del Este lanzaban al aire violentos gritos de supremacía mientras sus armaduras y cimitarras brillaban a la luz del fuego, pero tales trucos no consiguieron atemorizar a Dáin ni a Brand. Una sola orden bastó para que una andanada de flechas sobrevolara en ese momento el

cielo, haciendo que la noche cayera en un instante. Los proyectiles impactaron en muchas de las armaduras que anteriormente se jactaron de su superioridad, logrando que muchos soldados yacieran en el suelo de Valle Largo antes de cruzar los aceros con sus enemigos. Así empezó la encarnizada batalla. Las flechas silbaron, las espadas chocaron, la sangre tiñó de escarlata el suelo de Valle y los gritos de dolor espantaron el menor atisbo de vida que allí quedaba. El enemigo parecía hacerse cada vez más fuerte y fue obligando a hombres y enanos a abandonar la ciudad y aproximarse a la ladera de la Montaña. Sólo el alba les concedió un precioso descanso, pero las espesas nubes no dejaron ver ni un espacio de cielo abierto por donde se mostrara el sol.

Durante el alto el fuego declarado, Brand y Dáin aprovecharon para reagrupar sus tropas, alimentarse y, para los afortunados que pudieran dejar el recuerdo de la lucha a un lado, descansar. Sin embargo, el Rey de Valle dedicó esas horas a retomar el libro del que no consiguió olvidarse. Rebuscó entre sus ropas. El libro con tapas de cuero permanecía justo donde lo guardó, sin importar la agitación de la batalla. «No me cabe la menor duda, es su diario.» En ese instante, comenzó a sumergirse en las palabras que le llevaban atrás en el tiempo. Resurgió entonces el sonido de los zorzales sobrevolando libremente el lago y el fresco aroma del viento procedente de la montaña. Él se imaginaba allí, en la piel de su padre muchos años atrás, pero, aunque el sonido y el olor fueran hermosos, la imagen que contempló no fue para nada reconfortante. Se encontraba frente al lecho de Bardo, padre de su padre, momentos antes de que exhalara su último aliento. La estancia no se encontraba vacía, más bien todo lo contrario, pues muchos querían a Bardo como si fuera un hermano y no vacilaron en compartir con él sus últimos instantes de vida. A un lado de la habitación se encontraban Glóin, Óin, Dwalin, Balin, Dori, Nori, Ori, Bifur, Bofur y Bombur. Junto a la cama, más próximos a Bardo, estaban Thranduil y Dáin II, y por supuesto, su esposa. En ese momento, Bardo dirigió la mirada a su hijo, a quien transmitió su última voluntad.

—Bain, quisiera hacerte entrega de un objeto de gran importancia para nuestra familia desde hace cientos de años, pero me temo que no puedo ofrecértelo en este momento, puesto que no regresó a mí tras la batalla. Sin embargo, no debes preocuparte, pues la Flecha Negra regresa siempre a nosotros, sin importar lo lejos que haya sido lanzada. No sabes cuán pesada es la carga que alberga mi corazón, pues fue un objeto muypreciado que ha ido heredándose generación tras generación, pero ahora se ha roto la cadena. Me temo que esto supone una tarea pendiente que dejo sin resolver. —Bardo tosió y prosiguió hablando con voz débil—. Aunque no recuperara la Flecha Negra, no he de sentir vergüenza cuando parta de este lugar. He presenciado grandes acontecimientos y disfrutado de las mejores compañías, por lo que marcharé con orgullo de vuelta a casa, con mis padres. Al igual que la Flecha Negra, nosotros siempre regresamos a la tierra que nos vio nacer, por lo que no debes temer la oscuridad de este mundo. Recuerda esto siempre, hijo mío.

«Así que eran palabras de mi abuelo —se dijo sorprendido—. Padre me dijo lo mismo cuando se marchó. Es cierto que la Flecha Negra es un bien muypreciado para nuestra familia, pero no son más que leyendas. Hace mucho que dejé de creer que una flecha siempre acierta el objetivo que se le asigna, aunque la dejaré en herencia a Bardo siguiendo la tradición.»

La mente de Brand se nubló y en ella apareció la imagen de su hijo en las estancias de Erebor. Su madre y Dáin también se encontraban allí. El rey enano portaba su hacha de doble filo, mientras que el joven Bardo tenía el acero desenvainado con su madre ocultándose tras su espalda. Estaban rodeados por cientos de enemigos que trataban de acabar con sus vidas, pero se resistían al fatídico destino que se reservaba para ellos. Brand, al ver el peligro en que se encontraban, no dudó ni un instante y corrió con la espada en alto y un grito de guerra en su garganta. «¡Ni la más pesada oscuridad hará que mis fuerzas se envenenen por el miedo! —se repetía a sí mismo—: ¡Mi deber es defender a los que más quiero y sólo la Muerte me impedirá continuar luchando!» Asestó varios golpes certeros que le abrieron paso hasta lo que él consideraba su

familia. Momentos después quiso abrazar a su mujer y a su hijo, pero todo se convirtió en humo que se desvaneció en el aire. Únicamente quedó Dáin, amigo del padre de su padre, de su padre y también el suyo. Se giró hacia Brand y la espesa barba junto a su boca se movió.

—No permitiré que os pase nada, aunque mi vida dependa de ello. Siempre estaré a tu lado, ¿me oyes? Siempre —dijo finalmente Dáin antes de desaparecer.

El sonido de las trompetas rompió de súbito la calma y Brand despertó sobresaltado. Al momento percibió dónde se hallaba. Respiró profundamente y se levantó, dejando atrás el diario de su padre. Avanzó a grandes zancadas hasta la entrada de la fortaleza enana, donde se encontraba Dáin, que permanecía sereno, mientras organizaba el grueso de las tropas para disponerse a combatir.

—El enemigo se aproxima a las puertas de Erebor. No debemos permitir que se adentren más allá de los límites de la ciudad o nos veremos obligados a defender desde dentro nuestras vidas. No consentiré que el enemigo crea que somos unos cobardes que buscan despavoridos la protección de la fría roca. Los enanos no temen al acero que ellos mismos forjan —la firmeza de Dáin se vio por un instante quebrada por la ira que sentía hacia la posible humillación ante el enemigo.

—No les daremos la opción de que se adentren en la montaña. Prepararé a mis hombres. Dispondré a mis arqueros en lugar elevado para que disparen con libertad y hostiguen al enemigo desde ahí. Aprovecharemos que uno de nuestros flancos está defendido por la montaña y colocaremos al resto de nuestras tropas en varias filas, así obligaremos al enemigo a enfrentarse a nosotros de frente y en menor número. Después comenzaremos a hacerles correr ladera abajo.

Las puertas de la fortaleza enana se abrieron y Brand y Dáin situaron a su ejército en el lugar planeado. La tensión entre los soldados aumentaba con

cada minuto de espera. La noche se adueñó de la luz del día y los rayos de la luna quedaron bloqueados por las densas nubes. Por suerte, las antorchas del ejército oriental se divisaban a la perfección por entre las calles de la ciudad de Valle, por lo que la espera no se prolongó demasiado. El capitán oriental se acercaba con una lanza en alto, ordenando la carga del enemigo. Sus tropas se aproximaron a paso ligero para evitar la lluvia de flechas que hendían el aire.

En esta ocasión las sucias artimañas para desvanecer la esperanza de Erebor no resonaron en los alrededores como lo hicieron la noche anterior.

Las tropas de Dáin formaron un impenetrable muro más duro que la roca de las montañas y golpearon al unísono. El enemigo se veía incapaz de abrir una brecha en las compactas filas. Las lanzas se partían frente a los escudos de acero enano y sus hachas arrojadas sellaban el pacto de sangre que se llevaba como precio la vida de sus enemigos. Ahora era el turno de Dáin y Brand para hacer retroceder a los hombres del Este empujándolos colina abajo.

— ¡Es nuestro momento! ¡Luchad por el futuro de nuestra tierra! — dijo Brand mientras cargaba junto a su inseparable amigo.

Las tropas de Sauron retrocedieron y cayeron al frío suelo, e incluso algunos fueron rechazados hasta las turbias aguas del lago. El plan estaba surtiendo efecto. Las tropas del enemigo no eran capaces de cruzar los aceros y sus flechas no alcanzaban la parte superior de la ladera de la montaña. El capitán del Este ordenó a sus arqueros que se adelantaran para obtener mayor cobertura, pero la decisión fue fatídica, pues supusieron un blanco fácil que no disponía de la distancia suficiente para alcanzar a los arqueros de Brand sin que fueran abatidos antes.

La leve brisa se detuvo por completo y la lluvia empezó a brotar de las nubes. El agua limpió la sangre derramada, tiñéndose de rojo, mientras chocaba contra las armaduras de acero. Dáin y Brand se encontraban en la vanguardia, alimentando el valor de su ejército y combatiendo ferozmente contra el enemigo. Dáin, pese a haber luchado durante muchos años en grandes batallas,

conservaba el espíritu de antaño y sus fuerzas no menguaban en ningún instante. Su hacha segaba las vidas de sus enemigos con la maestría propia de un rey. Ya incluso podía percibir el miedo de sus combatientes al cruzar sus espadas contra él.

— ¡Mirad al cielo y bebed lo que se precipita de él, pues será lo último que probéis en vuestra vida! — Dáin gritó a sus enemigos con el hacha en alto. Brand lo siguió al instante. El eco de Erebor se escuchó por todo el Bosque Negro.

Muchos de los soldados de Sauron fueron consumidos por la terrorífica voz procedente de la montaña y se batieron en retirada colina abajo. En ese momento el capitán del Este gritó algo que ninguno de los habitantes de Erebor ni Valle Largo pudo entender y se abalanzó a grandes zancadas sobre uno de sus propios arqueros, le despojó del arco y, tras tensar la cuerda hasta el límite, disparó una última flecha. Dáin estaba tan entusiasmado con la retirada del enemigo que no vio lo que su capitán se traía entre manos; sin embargo Brand consiguió descubrir su sucio propósito y, con la mayor rapidez que le permitieron sus palabras, dio la orden de apuntar con sus arqueros al capitán del Este. Pero toda premura resultó en vano, pues la flecha ya había sido disparada. La respiración de Brand se cortó y su visión se nubló por el agua que recorría su rostro. Desconocía si esas gotas eran el sudor o la propia lluvia que seguía cayendo desde el negro cielo.

En Erebor se hizo el silencio. Las flechas de los arqueros de Brand no consiguieron impactar en el capitán del Señor Oscuro, pues logró zafarse de los proyectiles y retirarse junto a sus tropas. Brand rompió el silencio con un estremecedor grito de dolor. Salió corriendo e hincó las rodillas en la tierra mojada junto donde yacía su amigo Dáin. El rey enano se encontraba inconsciente con una saeta teñida en sangre clavada en su hombro.

— ¡Dáin, cómo he permitido que te hagan esto! — los lamentos del Rey de Valle hicieron que hasta el agua del lago se estremeciera.

Los rostros de los guerreros enanos se congelaron como la lluvia que caía allá en lo alto de las montañas, pero no permitieron que el dolor manchara de tristeza el agua que caía sobre ellos, por lo que no lloraron. Levantaron entre todos el cuerpo de Dáin y con gran solemnidad cargaron con él de vuelta a Erebor. Su inseparable amigo caminaba junto a él con la cabeza agachada y sus húmedos cabellos ocultaban su semblante triste y sombrío. El aire, que permanecía inmóvil, comenzó a moverse transportando únicamente el eco del silencio. La mente de Brand se convirtió en una tormenta de recuerdos en la que veía a su padre y a Dáin cuando él era sólo un niño. Vino a él la reminiscencia del rey enano entrenándole en el arte de la espada y el hacha, con las barbas ya blancas debido a la edad. Brand sabía que no era un enano joven, pero siempre lo vio fuerte como la roca de un acantilado, golpeada constantemente por el mar. «No es posible que Dáin haya muerto. Mis ojos me deben estar tramando alguna vil artimaña, pues lo veo aquí, inmóvil. Si yo hubiese dado antes la orden, hubiera conseguido salvar a mi amigo... pero no pude protegerle...»

— ¡Esta afrenta será vengada! — Brand trató de mantener la compostura que poseían los guerreros enanos, pero la tristeza lo consumió y comenzó a gritar, maldiciendo a los enemigos.

— *Shhh*. ¿Cómo pretendes que duerma si te dedicas a alzar tanto la voz? — El leve susurro procedente de los labios de Dáin hizo que la esperanza renaciera en las montañas, pues el rey enano no había muerto —. No esperarás que tras todos estos años combatiendo con infinidad de enemigos caiga derrotado por una miserable flecha — Dáin se rió con voz cansada —. Sin duda hoy hemos alcanzado la victoria. Espero que les haya gustado el sabor del acero enano.

Por unos instantes, Brand no se percató de que no era él el único que rompía el silencio, pero se quedó paralizado, con la respiración cortada por lo que creía haber escuchado. «Ahora también me engañan mis oídos, debo estar volviéndome loco»^z pensó mientras dirigía la mirada hacia Dáin. La sonrisa que esbozaba el rey enano fue suficiente para que Brand no pudiera contener

una risa llena de alegría. Los demás soldados no tardaron en unirse al ver que aún había esperanza y aclamaron por todo lo alto el nombre de su rey.

Una vez de vuelta en Erebor, Dáin recibió la atención necesaria para una herida que, por suerte o gracias a su armadura, no resultó demasiado grave. Ya en sus aposentos, su amigo volvió en pos de averiguar el estado de salud del rey enano, tras visitar a su esposa y su hijo.

—Me alegra ver que estás bien —se podía percibir la tranquilidad procedente del tono de Brand.

—No hay mejor armadura que la de un enano, como has podido comprobar —su voz no había perdido la alegría pese a tener vendado el hombro; de hecho, estaba disfrutando del sabor del tabaco en una pipa de madera.

Tras una extensa charla, Brand finalmente se dispuso a salir de la estancia, pero justo antes de atravesar la puerta que conducía al pasillo, Dáin recordó algo que necesitaba preguntarle.

—Casi me olvido por completo, Brand, ¿lo has leído ya? —la pregunta hizo que el rey Brand se detuviera en seco.

—Desde que vi el libro no dudé ni un segundo de que tú fuiste el responsable de que me lo encontrara aquella noche, pero dime, ¿por qué lo tenías tú? —No esperó la respuesta—. Y si te lo dio mi padre, ¿cuál fue el motivo por el que lo guardaste durante tanto tiempo?

—Tu padre me encomendó la tarea de ofrecértelo en el momento más adecuado. Conocí a Bain desde que era un niño, por lo que sé perfectamente qué hay escrito en esas páginas y también por qué me lo ofreció para que te lo guardara. Debes terminar de leer su diario y averiguar el mensaje que tu padre quería transmitirme.

Brand se encontraba confuso por las palabras de su amigo, pues no hallaba sentido a qué enseñanzas había dejado su padre escritas en un libro que

no se las hubiera explicado directamente cuando era joven. «¿Qué pretendía? Hasta ahora, sólo he leído sobre la muerte del padre de mi padre y de cómo se perdió la Flecha Negra y no fue entregada. Pero padre la encontró y me la cedió en herencia, como el resto de mis antepasados. Padre me hablaba mucho de la Flecha Negra y siempre me decía que creyera en ella, aunque es sólo la leyenda de un héroe lo que aspiró a que creyera. Esa flecha no le ayudó a vivir más años o a librarse de su destino, pero aun así decía que debía mantener viva mi fe en la fuerza que los antepasados habían depositado en ella. Esa fe terminó de extinguirse cuando madre... — apartó las dolorosas imágenes de su cabeza —. A partir de ese instante, dejé de confiar en la fuerza que un simple objeto confiere a los hombres.» Tras un largo rato en silencio, sumergido en sus pensamientos, se decidió a preguntar.

— ¿Es que pretendía que no perdiera mi fe en mis antepasados? — sospechaba que Dáin sabía su secreto, así que no trató de ocultarlo durante más tiempo —. Una sola flecha no basta para evitar la muerte de la gente que uno ama, y el hecho de que la guarde conmigo no lo impedirá.

— No llevas contigo la Flecha Negra desde que te hiciste rey. Nunca la he visto en tu carcaj cuando hemos combatido, de eso ya me di cuenta hace muchos años. Pero debes saber que hay cosas que suceden y no por ello debes perder la esperanza.

«¿Se referirá a mi madre? — Pensó Brand —. Habría pagado con la Flecha Negra a la Muerte si con ello me hubiera devuelto la felicidad de tener a mis padres de nuevo a mi lado, y se la ofrecería gustoso a cualquiera si con ello obtuviera la certeza de que mi familia estará a salvo del enemigo. Sin embargo, todo deseo sería en vano.» A Brand le gustaría haber dicho esas palabras, pero al final sólo llegaron a ser un pensamiento más en su mente.

— Sé que hay cosas inevitables y que no pueden contenerse, como una hoja en la corriente de un gran río. Pero sí es cierto que la gloria se alcanza por la valía de uno mismo, no por la valía de una saeta.

—Las palabras que mencionaré te las mencionaré como amigo —dijo Dáin dejando la pipa a un lado—, por ello, no te obligaré a que leas si no quieres, pero dale una oportunidad a Bain para que comparta contigo sus últimos pensamientos.

Por parte de Brand no hubo respuesta, sólo el sonido de unos pasos que se alejaban de los aposentos del rey enano y se adentraban en la oscuridad de la fortaleza. El Rey de Valle, a pesar de todo, siguió el consejo de Dáin y volvió junto al libro de su padre, «y así conseguiré terminar con este asunto de una vez por todas», pensó Brand. El libro con tapas de cuero se mantuvo fiel a su amo y no se movió del lugar donde lo dejó, momentos antes de la batalla. Buscó un rincón cercano al fuego de las antorchas para poder leer con claridad y, de nuevo, prosiguió su lectura desde el punto donde lo había dejado. Volvía a ver a su padre muchos años atrás, pero esta vez era algo más mayor. El rostro de Brand se humedeció por las lágrimas al leer una descripción que Bain hizo de su madre, lo cual le ayudó a que el fuego del recuerdo se avivara. También contaba cómo se conocieron, lo enamorados que estaban y el tiempo tan feliz que vivieron juntos. Pero se detuvo en una página que poseía título propio: «La luz del lago». Brand pensó en la posibilidad de que ahí se encontrara aquello que su padre quería decirle, por lo que no tardó en proseguir con la lectura.

Hace ya mucho tiempo atrás, una incursión de orientales había azotado ferozmente la ciudad de Valle con el fin de hacerse con el dominio de Erebor y de ese modo tener una fortaleza en la que resguardarse que no estuviera infestada por orcos. En ese momento, Bain era Rey de Valle y fue el encargado de hacer frente al ataque del enemigo junto al Rey bajo la Montaña. La partida de Balin a Moria años antes dejó a Erebor sin muchos de los más fuertes guerreros enanos, por lo que Dáin y su ejército no eran el principal obstáculo para los orientales que pretendían asediarles. En la feroz batalla, uno de los más influyentes capitanes del Este arrasó muchos hogares sobre el lago, llevándose consigo a muchos de los ciudadanos de Valle como rehenes, entre ellos a su amada esposa. Bain no perdió ni un instante en atacar una y otra vez al

enemigo para liberar a su amada y, con la temeridad propia de una fiera acorralada, consiguió hacerle frente en una lucha que duró días hasta que, en uno de los ataques sobre la ciudad, el Rey de Valle cayó al lago, con una saeta clavada en el pecho.

«En el momento en el que ese maldito oriental disparó la flecha, me precipité inconsciente en lo más profundo de las aguas del lago. No recuerdo cómo me sumergía cada vez más, ni cómo mis fuerzas se iban extinguiendo. Sólo aparecían en mi memoria las imágenes de mi esposa y resonaban en mis oídos los ecos apagados de sus lamentos, pidiendo ayuda desesperadamente. La rabia me consumía y quería salir del lago, pero mi cuerpo no respondía aunque tratara de moverme con todas mis fuerzas. Por un momento, creí que el enemigo iba a vencer y que los orientales se llevarían consigo a la mujer que amaría por siempre, sin importar el paso de los años. Necesitaba fortalecer mi corazón, ahora angustiado y a punto de ahogarse en la más profunda oscuridad. Pero no permití que eso ocurriera, no consentiría que la capturaran. Eso me dio fuerzas y conseguí abrir los ojos. Miré a mí alrededor y todo el paisaje estaba cubierto por una capa de agua, negra como la noche. El aire de mis pulmones escaseaba y tuve que nadar hacia la superficie. Mi tiempo se agotaba, hasta llegado el momento en que parecía que no lograba moverme de la inmensidad del lago.

»Cuando todo parecía haber acabado, el lago se estremeció y vi a lo lejos cómo se aproximaba hacia mí un remolino de agua. Cuando sus afilados dientes me tenían rodeado, pude ver claramente que se trataba de las gigantes fauces de un dragón que se aproximaban abiertas con intención de devorarme y transportarme a lo más profundo del lago. Pero una luz brilló justo antes de que el dragón consiguiera su objetivo y lo hizo desaparecer. No dudé en investigar de dónde provenía la luz de mi salvación, así que busqué a mi alrededor y encontré una flecha clavada entre los restos, ya convertidos en huesos, de una criatura otrora terrorífica. No vacilé en cogerla y salir del lago con ella en la

mano. El negro azabache de su cuerpo hizo que recordara las palabras de mi padre, que me dieron fuerzas para salir a nado hacia la superficie.»

Bain recuperó la Flecha Negra y salió de las aguas del lago. El sonido de la batalla no se había calmado aún, pero por un instante pareció detenerse cuando vieron como el Rey de Valle resurgía de su trampa de agua. Sus hombres recobraron el valor perdido alzando un grito por la vida de su rey y comenzaron a luchar con fuerzas renovadas, un hecho que el enemigo no esperaba. Los cuernos de la victoria ya sonaban en la montaña, pero Bain no se olvidaba de los rehenes que el enemigo había capturado, y por supuesto de su esposa.

Bain partió el asta de la flecha que llevaba incrustada en el pecho y recobró su arco, pero su carcaj se encontraba completamente vacío y no disponía de mucho tiempo para pensar, así que decidió que gastaría su último disparo con aquél que infundía valor en sus enemigos. Usó su nuevo hallazgo como proyectil contra el capitán oriental. Tensó la cuerda. El chasquido atravesó el viento y el corazón del enemigo, arrebatándole la vida como una pequeña vela a merced del viento. El desconcierto que esta acción provocó en el ejército de hombres del Este hizo que muchos se retiraran del campo de batalla para no regresar jamás. Bain había salvado a su pueblo, pero nunca más volvió a ver a su amada, pues los rehenes nunca volvieron a sus hogares. El corazón del Rey de Valle se rompió del mismo modo en que lo hizo el del capitán oriental, con la diferencia de que él cargaría con el dolor de seguir viviendo. El único aliento que le quedaba era su hijo Brand, que le dio fuerzas para curarse de sus heridas de guerra. Consiguió recuperarse de la flecha que le atravesó, pero su alma nunca se recuperaría de un dolor que acabaría por llevárselo de este mundo.

«Para mi hijo», ese era el título del último párrafo del viejo diario. Brand estaba intrigado por averiguar el mensaje que su padre le había confiado en aquel libro con tapas de cuero, por lo que no esperó ni un segundo para continuar la lectura.

«Brand, espero que algún día leas estas palabras para que comprendas el significado que tiene para mí todo lo que ocurrió en mis últimos años sobre esta tierra. Sé que desde que tu madre desapareció de nuestras vidas no volviste a ser el mismo, porque comenzaste a mostrar rechazo por todo aquello que te hacía pensar en ella, y la Flecha Negra no dejaba que desterraras el doloroso recuerdo de su partida. Nunca te lo dije, pues respeté tu resentimiento, pero ahora que se me acaba el tiempo necesito que vuelvas a creer en la sangre que corre por tus venas. Vuelve a creer en la Flecha que dio fin a la guerra para nuestro pueblo. Espero que nunca conozcas un dolor igual que el que consumía mi corazón, pues no sabes hasta qué punto puede menguar el espíritu de los hombres la pérdida de la mujer a la que siempre se ha amado.

»Ahora comprendo que sin tu madre nunca podré vivir sintiéndome un ser completo, pero, aunque tu alma tampoco vuelva a estar completa, debemos seguir viviendo, a pesar de la condena que cargue nuestro espíritu. Jamás me atreví a decirte estas palabras, e incluso nunca fui capaz de reconocerlas por completo; pero, aunque tu madre no volvió, la Flecha Negra acabó con la amenaza que sumía a nuestra gente, por lo que no debes dejar de creer en tu pueblo y en la flecha que me fue entregada por todos nuestros antepasados. Una saeta cargada con la fuerza de las almas de las personas que queremos. La mujer a la que jamás dejé de amar me acompañará y vivirá para siempre en el interior de la Flecha Negra, al igual que yo viviré en ella cuando pase a ser tuya, Brand. No permitas que la tristeza consuma tu corazón y lleva con orgullo la Flecha Negra para proteger a tu familia, tu pueblo. No lo olvides, tu madre y yo viviremos para siempre si en tu memoria nos mantienes con vida. Usa la flecha para avivar ese recuerdo.»

El Rey de Valle permaneció enmudecido por las palabras de su padre durante un tiempo que pareció ser eterno, pues esta enseñanza le había removido todos sus pensamientos. Ahora lo comprendía, la Flecha Negra salvó a su pueblo aunque no volviera a ver a su madre nunca más. «Desconfiar en la Flecha Negra sería perder la fe y olvidarme de mi familia, de mi padre... y de

mi madre –inhaló aire profundamente y lo fue expulsando con lentitud–. Lucharé junto a mis antepasados y conseguiremos expulsar al enemigo de estas tierras.»

Brand recorrió los pasillos de Erebor hasta encontrarse, en una de sus estancias, con un antiguo cofre con joyas incrustadas. Se acercó con paso sereno y se arrodilló junto a él, mientras lo abría con la mayor de las delicadezas. La tapa chirrió y crujió pero se abrió sin oponer resistencia, pues estaba siendo abierta por el Rey de Valle. Allí se encontraba, el acero negro como el azabache resplandeció a la luz de las antorchas. «Si procedes de la fragua del verdadero Rey bajo la Montaña y en tu interior guardas los recuerdos de mis antepasados, será un honor llevarte conmigo y que me prestes tu ayuda para proteger a mi familia.» Brand enunció para sí mismo estas palabras antes de introducir la Flecha Negra en su carcaj. En ese momento sintió la leve caricia del aire en su rostro. Sabía que su madre estaba con él y le acompañaría hasta el final de la batalla.

Brand corrió hacia las puertas de la gran fortaleza una vez más para afrontar el peligro que se encontraba fuera. Dáin también estaba allí, junto a sus guerreros, con el hombro vendado bajo la pesada armadura. Al ver que en el carcaj de su amigo se encontraba la Flecha Negra, el rey enano esbozó una cálida sonrisa, pues las palabras de Bain habían despertado al Brand que hacía tiempo que no veía. El Rey de Valle había recuperado la parte de su alma que creyó haber perdido para siempre y era capaz de percibirlo con fuerza en su interior. De hecho, todos los hombres sintieron como el valor de su aliento aumentaba y aclamaron a gritos la victoria. Brand se dirigió a todos los guerreros que se encontraban en el interior de la fortaleza.

– ¡Soldados! Hoy, aunque el sol no se muestre para darnos luz, no debéis tener el más mínimo temor, pues no se esconde por la vergüenza de la derrota, sino porque espera a recibirnos con orgullo ante nuestra victoria. ¡El cielo presenciara nuestra hazaña! ¡Por Erebor! ¡Por Valle!

El grito de lucha se produjo al unísono. Las puertas del bastión enano se abrieron para dejar paso a los guerreros que se disponían a recuperar su hogar. Volvieron a tomar posiciones cerca de la fortaleza y esperaron a divisar al enemigo. El agua empezó a resonar contra los yelmos y pasaron pocos segundos para que una tromba de agua cayera sobre sus cabezas. La lluvia caía con fuerza, aunque el valor de los soldados de Brand y Dáin no se resquebrajó por la fría noche. Un cuerno anunció la advertencia de los orientales, que a medida que se acercaban a la ladera de la montaña, se disponían en filas alejadas de las flechas enemigas. Permanecieron en silencio y comenzaron a apartarse al tiempo que abrían sus líneas para dejar paso a su capitán. Su yelmo y armadura poseían extremos afilados como cuchillos y se mostraban dorados bajo la luz del fuego.

En cuestión de minutos, ambos bandos se encontraban combatiendo en la ladera de la montaña. El sonido del acero contra el acero pudo escucharse en lo más profundo de las estancias de Erebor. El ejército de Brand y Dáin lucharon sin descanso en una batalla que parecía no tener fin. Los soldados del Este los superaban en número y por cada muerte aparecían dos hombres más; sin embargo, el espíritu de Brand no se amedrentaba. La lucha cuerpo a cuerpo no le permitía usar su arco, por lo que combatía con valor a sus enemigos con el filo de su espada. Dáin no se quedó atrás, pues con su hacha de doble filo asestaba golpes letales que quebraban hasta la más resistente cota de malla.

Uno a uno, los soldados orientales caían derrotados, pero el aliento de los hombres de Valle se agotaba, ya que el enemigo no parecía reducir su número. Muchas de las cimitarras del enemigo encontraban el amparo de la carne enana en su camino y Dáin lloraba por cada compañero muerto en batalla, pero las lágrimas eran borradas por la lluvia, que continuaba cayendo sin descanso. Poco a poco fueron retrocediendo hasta tener a sus espaldas las puertas de la fortaleza. Estaban acorralados, aunque en ningún momento pensaron en retirarse a Erebor, porque estaban decididos a luchar y a morir por su tierra si fuera necesario.

El capitán oriental se abrió paso hacia el Rey bajo la Montaña, derrotando a muchos de los soldados que intentaron detenerle en su trayectoria, pero poseía una fuerza que a ojos de muchos parecía sobrehumana y conseguía poner fin a la vida de sus enemigos con sus dos cimitarras sin recibir la menor herida. Las saetas volaban de un lado a otro de modo que no eran capaces de distinguir la flecha amiga de la enemiga. El líder oriental consiguió su objetivo y alcanzó la posición del rey enano. Sus armas chocaron una contra la otra en una danza de golpes que no terminaba por acertar en el mortal objetivo. La herida del rey Dáin comenzó a emanar sangre y los golpes del oriental se volvían cada vez más difíciles de detener. Brand se encontraba alejado de aquella lucha y ahora se mantenía junto a sus arqueros disparando sin descanso a sus enemigos. Los hombres del Este empezaban a ganar terreno y los arqueros recibieron la orden de dejar atrás sus arcos y luchar con sus espadas.

Brand, que acompañaba a sus hombres con la espada, consiguió ver la encarnizada lucha que mantenía su amigo y, con la velocidad propia de un rayo, intentó abrirse camino hasta Dáin. Pero fue inútil, pues los orientales eran demasiados para llegar hasta él a tiempo, antes de trabarse en más combates. Decidió subir de nuevo a la colina donde se había situado con sus arqueros, y allí alzó el brazo para recoger de su carcaj la flecha que había estado conservando durante toda la batalla. Preparó el arco una última vez. Por un momento sintió el aire golpeando su espalda, ofreciéndole la fuerza necesaria para que el impacto de la flecha fuera letal.

«Flecha Negra, corta el viento, atraviesa acero, piel y hueso. Húndete en lo más profundo de su corazón. Arrebátale la vida al enemigo y vuelve a mí, como otrora hiciste bajo las órdenes de mi padre. Ahora ve y vuela.»

La flecha cumplió su cometido y se incrustó en el pecho del capitán oriental, que cayó de rodillas. Dáin observó cómo el hombre era abatido con una saeta clavada en el corazón. «La historia parece volver atrás en el tiempo»^z pensó mientras se giraba en la dirección de procedencia de la Flecha Negra. En ese momento vio a su amigo Brand rodeado completamente por el ejército

oriental. El grito del rey enano hizo estremecer a todas las piedras de la montaña y corrió cegado por la furia junto a su amigo. Ambos soportaron largo rato el ataque enemigo, que los fue rechazando hacia las proximidades de la puerta de la fortaleza. Allí, junto a los pocos que quedaban, resistieron hasta el último aliento. Brand recibió varias heridas que hubiesen tumbado a cualquier hombre normal, pero él no era un hombre normal, él era el Rey de Valle: aquél que mataba por su pueblo y aquél que sacrificaría su vida por defenderlo. El cielo no se detuvo en su llanto, pues el rey Brand se mantuvo asestando golpes con su espada pese a la sangre que manaba de sus innumerables heridas. «El cielo sabía que hoy era mi día y ya lo supo cuando esta batalla comenzó. Si hoy he de morir, me iré habiendo honrado la memoria de mi padre y el recuerdo de mi madre. Sé que las vidas de mi mujer y mi hijo no serán arrebatadas en esta batalla, pues yo estaré con ellos y los protegeré allá dondequiera que me encuentre, de eso estoy seguro.» Antes de que su fatídico destino se cumpliera, Brand elevó la vista al cielo y comprendió que no era lluvia lo que se precipitaba del cielo, sino que se trataba de las lágrimas de sus antepasados. Mientras su espada brillaba pese a la sangre de sus enemigos, alzó al aire el último grito de guerra... y nunca más se volvió a escuchar su voz en Valle.

Dáin no pudo evitar que la ira se apoderara de él cuando sintió que la voz de su amigo se apagaba por las espadas. Se mantuvo en pie junto a su cuerpo inerte hasta que exhaló el último aliento. No permitió que ningún soldado oriental osara acercarse al Rey de Valle y lo defendió con honor de cientos de enemigos. Cuando sus fuerzas no le permitieron continuar en su lucha, Dáin se detuvo e incrustó su hacha en el suelo, mientras permanecía de pie, como una estatua de acero, apoyándose en el mango con los brazos extendidos hacia delante. Su cuerpo se mantuvo firme junto a su amigo sin importar que su corazón hubiera dejado de latir. Los hombres del Este no tuvieron valor para acercarse al cuerpo de Dáin, ya que creían que cualquiera que se aproximara sólo encontraría la muerte a manos del inmortal Rey bajo la Montaña. Eran cientos los hombres del Este que yacían sin vida alrededor de Brand y Dáin.

El sol salió orgulloso de entre las nubes para recibir con su calor a los héroes de Valle y Erebor. Pero la lluvia no cesó.

«Juré a Bain que siempre te protegería y, aunque la Muerte me lleve, siempre te protegeré.»